

Corazón abierto

Carmen Leticia Retana Gutiérrez

Hace apenas unos meses que mi hermana más querida partió al cielo. Aún tengo dentro de mí el dolor de verla por última vez. Ella, Nely, siempre fue un ser muy especial: tenía capacidades diferentes y físicamente no podía ser como tú o como yo, que nos podemos mover libremente sin tropiezos al caminar, que podemos llevarnos un vaso de agua a la boca con nuestras propias manos y actuar en nuestra vida cotidiana con todos nuestros sentidos.

Nely no podía hacer nada de esto, para todo dependía de alguien y por estas discapacidades físicas debíamos ayudarla. Siempre nos demostraba su amor en cada situación de apoyo que le dábamos y nos decía *gracias*, esa palabra cuyo significado el ser humano “normal” no conoce, porque a menudo estamos tan llenos de soberbia, de orgullo y de ignorancia ante las situaciones que la vida nos va presentando, que no sabemos comprender lo que encierra esta palabra.

Sin embargo Nely, que nunca tuvo la suerte de ir a una escuela por su misma discapacidad física, nos dio cada día y a cada momento la enseñanza de lo que encierra la palabra *gracias*, porque ella estaba siempre llena de un amor limpio y puro, de un amor desinteresado y transparente, de un amor inocente que se reflejaba en su mirada, porque no tenía malicia ni morbo, no sabía de los defectos que tenemos los seres humanos “normales”, porque el amor que nos daba era pleno.

Recuerdo cuando se llegaba a convulsionar (y a veces no era nada más una crisis convulsiva, sino hasta tres seguidas): qué impotencia tan grande sentía yo de no poder hacer nada por ella, sino únicamente esperar a que pasara la crisis; y cuando al

fin pasaba, su área del lenguaje quedaba afectada por un tiempo que me parecía eterno. Entonces ella me miraba fijamente a mis ojos y le veía correr una lágrima; yo siempre le tomaba sus manos y le decía que no estaba sola, que yo estaba con ella y la quería mucho; al escuchar esto empezaba a balbucear algunas palabras y cuando terminaba la crisis me decía: "Hermana, te quiero mucho".

Estas cuatro palabras me hacían sentir muy feliz y quedaban grabadas dentro de mí, porque en su esencia yo percibía todo su cariño.

Para Nely fue un golpe muy duro cuando mi mamá partió al cielo, pues estaban muy unidas. Nely no se hacía a la idea de no ver a la "viejita", como ella le decía. No quería seguir viviendo y a los dos meses de haber faltado mi mamá, tuvo un cuadro sicótico tal que fue necesario internarla.

La experiencia del hospital fue muy triste. Pensé que Nely también se iría, sin embargo sobrevivió a mi mamá ocho años y medio. Para sacarla adelante, nos propusimos trabajar en conjunto mi esposo José Enrique, mi hijo Jorge y yo. En este equipo acordamos darle a Nely mucho amor, paciencia, ánimo, compañía, alegría y sobre todo muchos cuidados en todo lo que necesitara.

Estuvimos siempre conscientes que Nely únicamente nos tenía a nosotros y ni un minuto la íbamos a dejar sola. ¡Qué gran compromiso! Terminaron para nosotros las salidas, principalmente a reuniones, a cines, a eventos sociales; y nunca renegamos de ello, pues la compañía y el amor de Nely nos compensaba con creces.

Nely estuvo discapacitada físicamente, pero nunca estuvo "discapacitada del alma".

Si tan solo un día te acercaras realmente a personas con capacidades diferentes, te darías cuenta que ellos tienen una gran capacidad de abrirse y amar sin distinciones; la mayoría de nosotros no; ellos sonríen a pesar de sus sillas de ruedas, nosotros no.

No somos nosotros quienes debemos sentir compasión por ellos; son ellos los que deberían sentir compasión de nuestras tremendas discapacidades, porque no sabemos amar.



Un día Nely partió de este mundo. La muerte la sorprendió mientras dormía; su rostro reflejaba la paz que tenía dentro. Tuvo una hermosa despedida: la acompañaron las personas que la visitaban; la gente que la quiso y que también recibió de ella su amor y sus bendiciones.

En casa la extrañamos mucho. Nunca olvidaremos los momentos hermosos que vivimos con ella, estarán en nuestro corazón. Gracias a Dios por darnos esta bella oportunidad de servir; gracias a mis padres que nos dieron la confianza de cuidarles su gran tesoro; gracias a mi esposo e hijo que estuvieron conmigo en momentos difíciles para apoyarme; gracias a cada una de mis queridas amigas que me ayudaron a cuidarla y le dieron momentos de alegría. Pero sobre todo GRACIAS a Nely, ejemplo de un corazón abierto al amor.